

CUENTA EL CURA ZALATIEL MURILLO LO MUCHO QUE
PADECIO EN EL PUEBLO DE YANASQUI*

Francisco Tobar García

A Flor de María Alcívar
y Francisco Araujo Sánchez

"A veces se tiene la impresión de que la poesía ecuatoriana enflaquece; de que la gran vena lírica de nuestro pueblo se agota, se domestica y repite. Pero no: de trecho en trecho, surgen los grandes, los enormes poetas. Tras Aguirre, llega Olmedo, y tras un silencio enorme, ansiosos de muerte y belleza Silva, Fierro y Bórja. Sobre su tumba apresurada se alzan cuatro poetas dirigidos, como flechas incontenibles a la eternidad: Carrera Andrade, Gangotena, Hugo Mayo y Escudero. Se hace luego una larga calma y llega del trasmundo César Dávila Andrade. Y después de él, Job, el amargo: que Job lleva su nombre entre nosotros, su nombre de andar por las calles con sombre-ro y bigotes: Francisco Tobar García... Repetido, porque este nombre se repetirá aténido por los ámbitos de la patria. Contenido y desatado a un mismo tiempo, lírico y prosaico como la vida y como ella, dulce, salobre y amargo, está entre nosotros. La solidaridad con el hombre. La encarnizada hombría. El saber sollozar lo sollozable, lo que todos queremos que sea sollozable, eso es Francisco Tobar García".

Alejandro Carrión.

Pueblo mío,
siete calles en las que no hay un alma a su puerta,
hambre que se levanta y anochece con una pobre taza de canela;
azadones que abrieron este lodo;
caminos sin un árbol donde contar ternuras a los niños,
eucaliptos derechos sin botones para imaginar siquiera la rosa de los
vientos.

Este empedrado lo trabajó mi pueblo sin una chicha amarga:
piedras hechas de sombra, de manos y de vidrio,
arrancadas al cerro donde murió la hermosa
y a la tarde le hicimos el velorio sin trago.

Ni un hombre de quien pueda decirse: fue del cielo;
consumidos de pena, descalzos y pacientes: el zapatero se murió el
domingo atravesada el alma en un cuchillo, porque se había terminado
la alacena; sin el buen sastré que zurcía mis bolsicos, porque le
condenaron el día en que dio muerte al hortelano con tijeras.
Nadie paría y todas regresaron de los campos sin mazorcas.

* Este poema fue tomado de "Naufragio y otros poemas". El título original con que se publicó fue "ZALATIEL". Por un pedido expreso de su autor, en esta publicación llevará su título completo, es decir: "Cuenta el Cura Zalatiel Murillo lo mucho que padeció en el pueblo de Yanasqui".

Siete calles por donde caminaba sin descanso en busca de mellocos.
Y sin embargo, nadie me puede echar en cara que haya metido el baile entre las mozas:

eran catorce bellas y aquella virgen que no tuvo senos.
Los perros escarbaban un hueso que, se dice, fue del tío Miguel muerto de un tiro en la barriga.
Pueblo mío!

llorad por mucho tiempo hasta que venga la misericordia:
vosotros habíais arrastrado al cura
que dejó muchos hijos en cría de una vieja,
y ahora decís: perro, hasta cuándo?

Perro que mueve a todos su cola de madera,
que espía en las astillas por un grano de arroz desperdiciado;
mas, nadie come desde enero...
vuestros lechos
y hasta mi corazón se fue leudando.

Todas las noches lloran las mujeres abofetadas sin consuelo
y los niños abultan, estorban, demasiado en tiempos de sequía
y hasta hay madres que ahorcan sus pañales.
yo doy la misa siempre a la misma hora y los domingos las dos que me mandaron,
pero nadie

viene a rezar; en medio de la iglesia
suena un bronco
lamento del condenado, "pero nadie"
puede decirme quién es el quejoso y no soporito aguantar las ayunas hasta las
once y para nada.

II

Esos primeros días me miraban de un modo bien extraño; tiraban los meados a
mi patio y se reían cuando me andaba al pozo.
pero secose el agua y más yo tuve
que echarme al-filo de los montes para traer la nieve a mis espaldas.
y nadie dijo: quieres que te ayude?

Tuve angina de pecho y me moría.
por la ventana cuando estaba loco de dolor y de blasfemias,
se presentó la zoila tan desnuda,

que sus hermosos pechos se me abrieron hasta mi voz de agonizante;
pero yo la maldije desde el lecho.
Al otro día su novio la mató de un navajazo.

Yo rezaba, me daba penitencia con cautela, porque estaba todavía en lo blando.
mas como pecho hambriento yo roía la imagen
de la moza desnuda en alta fiebre
la matoron, Señor y tuve pena! ten piedad de mis ojos que retardaron la mirada
en su desvío.

Me levanté y puse más empeño en conocer a todos,
pero me respondían nombres fenecidos
y uno llamábase don cuesta y se murió a los pies de llano chico
y el otro, lírico zedeño, que siempre aparecía los domingos
fumando tan de veras y así el machete en el pescuezo.

Y una mujer hacíame más fieros que los diablos,
montando la rodilla en la baranda.
tuve miedo de abandonar la vida religiosa de tanta chinche bajo las almohadas.
pero Dios que me ayuda me hizo pobre.

Frente a la casa parroquial, de noche me escribieron: murciélagos
y más abajo en hora que salía por almuerzo, trepábanse las mozas sus anacos.
hasta que un día me enfermé de nuevo con un vómito malo.
hedían los altares y hasta Dios se arrancaba los cabellos.

Crecieron las hortigas en el monte,
chuparon tos ferina nuestros guaguas y en sólo una semana se murieron cerca
de cien borregos de los finos.

Pero qué hacían todos?
manuel se despeñó con una mula
y sus hijos le vieron en muy hondo,
abierta la cabeza; brotábanle carrizos de los ojos,
y el mayoral, en tanto, se tragaba a las del pueblo.

Establecí los lunes catecismo y me escuchaba
sólo un Cristo desnudo que pendía del tejado y que le habían vuelto a escupir
los hombres del anejo.
ay, cosa dura, comenzaba a amarlos!
pero entonces del fondo de los pozos ciegos, donde basura, estiércol, flores,

gimen hasta de noche, mucho gimen, surgieron las calumnias y decían que en mi alcoba lloraba una doncella....
Y dicen que robaba:

dos veces, muerto de hambre me traje una gallina que le hacía poner en soberado huevos para escondida madrugada. entonces trabajaba un crucifijo de maduro carrizo que me diera trabajo.

III

Pueblo mío,
yo te quiero decir en lengua de varón que mucho quiero tus hombres desalmados, tus casas sin ventanas, muy estrechas, que perdono las cosas que colocas en mi cuarto: daguerrotipos de mujeres solas que están siempre esperando.

Ayer tu perro, el de cualquiera, vino, y hoy tu caballo que lo doy de vuelta. apagué tus incendios y en más pago, diste a mis choclos fuego, de la zanja arranqué tus corderillos y al mío lo has matado. una vaca, yo tuve y le cortaron, no se con qué malicia, las blancas ubres de limón y cera. llegué por desconfiar de la moza más buena, pues dijeron: está durmiendo con los blancos.

esta muchacha creo que era buena, porque un día en el que lloré demasiado, se puso en la ventana a reír desconsoladamente, y a ella quiero, Señor, de estas hogueras, de estas llamas de sangre, Tú la arranques.

Más hay un hecho inesperado y es que un pájaro en los nogales secos ha caído. canta de muerte por un hilo tibio y hay un poco de lodo en su garganta. querrá decir que llueve en la montaña ? oh, no gimáis, pastores, vuestras cruces no son las más terribles, no estéis sobre las obras de la triste manceba, reparad en la propia soledad de la muerte.

os escribo a vosotros cansado del arado, de las mieses podridas en el seno del viento. que lejanas son esas palomas agoreras que a un tranquilo tejado pintaron de azucenas !

dejadme echar el surco en mitad de los vuestros; yo que no tengo a nadie, ni madre, ni cuidado, bien lo sabéis, no como ya tres días. permitid que levante mi tejado a la altura de los vuestros, mi lecho haga de aquella madera que os aplasta. no me dejáis beber el resto de la jarra ?

Y hoy,
al cabo de dos años nada tengo. cuento a vosotros la tristeza de un cura que jamás ha tenido corona sobre el pelo, que ha predicado a ciegas, que la verdad ha de morir, diciendo. desventurada en el balcón, solloza esa riente claridad con que antes iba acompañada la muchacha, aquella que reía de mis modos, desconsoladamente.

llorad por vuestros hijos que aún no han merecido, por vuestras tetas negras, por el poco de vida que me habéis arrancado a fuerza de maltrato. pueblo mío, no eres capaz de perdonar a un cura que no sabe ser santo ?

Deja la hebra al diablo que siga su calumnia y no tejas temprano mi corona de vida. averbajé del techo el fiero crucifijo y me he clavado el signo, por la nuca, en el pecho.

Señor si tanto pido que no vienes a darte, déjame este dolor y sólo aumentalo. si vieras, oh, qué dicha, al ver esta mañana un rapaz gateando por el filo del templo y a una mujer idiotizada que me arrancó la criatura en el instante de elevarte desde mis pobres manos hasta el cielo.

Sólo una sementera ha producido y vuelve el hambre por el pueblo;
vuelve a pie, porque murieron los caballos y los bueyes se caen con su vejez y
tino.

Me disciplino siempre, pero poco y no porque haya seguido con la fiebre, sino
porque muy débil he nacido.

Haz que los hijos duren sobre la tierra un tanto,

que una olla de horchata pase desde mis labios a mi pueblo.

Y lo que nunca a comprender alcanzo !

por qué este amor tan firme hacia los hombres, hacia un pueblo que nunca he
conocido ?.